

1922; lo único anómalo en este nombramiento sería la tardanza en concedérsele. Y si nunca llegó a proclamársela doctora de la Iglesia, ésta sí recomienda a los fieles en el Breviario y en la colecta de la misa del 15 de octubre su «doctrina celestial». León XIII, en carta al P. Bouix (1883), dice que «hay en los escritos de Teresa cierta virtud, más bien celestial que humana», a cuya virtud llama a continuación «maravillosamente eficaz». Por su parte, el Papa Pío X, en una carta dirigida al General de los Carmelitas Descalzos en el año 1910, hacía notar que lo que los Padres de la Iglesia enseñaban confusamente y sin sistema, esta Virgen lo había reducido con suma maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina.

Y la Santa no sabía latines. No hay que olvidar el gran golpe que para ella fué el Índice prohibiendo gran número de publicaciones religiosas en castellano, publicado por el inquisidor general Valdés en 1559; aquella lista extensa que incluía libros tan inocentes como el *Tratado de oración y meditación*, de Fray Luis de Granada. Porque toda la pequeña biblioteca monjil estaba en «romance». Así, escribe ella misma: «Cuando se me quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos...»

Su sabiduría, pues, en Ciencia Teológica no provenía, ni siquiera había recibido gran ayuda, del estudio. Fué una sabiduría harto más vital, recibida directamente de su propia vida de contemplación activa, de su propio espíritu elevado y peregrinamente lúcido, de su misticismo ingenuo y veraz.

Por eso, en su obra, en su estilo —en ella como en nadie— se dan la mano naturalidad y verdad. Es, además, siempre objetiva y precisa al referir y analizar sus propias sensaciones. Muestra de ello es, entre tantas, su descripción de la visión de Cristo, cuando escribe, teniendo buen cuidado de puntualizar

que no lo «ve», ni que, por otra parte, se limitara tampoco a «imaginarle»: «Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba de nada mi imaginación... Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego ú ascuras, que aunque habla con alguna persona y vé que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la vé.»

En el estilo de la Santa de Avila vanse viendo también sus cualidades humanas: apacible, dulce, cariñosa, serena, armoniosa; tales eran los adjetivos que afluyeron naturalmente a las plumas de cuantos contemporáneos la describieron. Así nos la imaginamos también al ir la leyendo, más cautivados cada vez por todo ese delicado y maravilloso conjunto de su personalidad, tan fragante hoy día en sus escritos como lo fué en su vida activa.

Su lenguaje —una de las mejores fuentes para estudiar la lengua de Castilla en el siglo de Carlos I y Felipe II— es, como ella misma, dechado de pureza y naturalidad.

Así produce, naturalmente también, con la afinidad de lo que tiene puntos comunes, su afición y contento por contemplar el agua, cristalina y luminosa, de los arroyos de la serranía de Avila.

Su contentamiento al contemplarlos, su afición por el agua, le sugiere algunas de las más hermosas imágenes de sus escritos, tan sobreabundantes de imágenes bellas.

El agua amable, el agua que limpia, refresca y vivifica, viene a ser para ella el símbolo de la Gracia.

Así, aquella imagen suya para definir las cuatro etapas o grados de la oración mental: «Páreceme a mí que se puede regar de cuatro maneras; ú con sacar el agua de un